





100% SOSTENIBLE  
100% RESPONSABLES  
100% COMPROMETIDOS

## ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO<sub>2</sub> por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m<sup>2</sup> de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a [info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com).

# RENDICIÓN

## JOANNA POCOCK

TRADUCCIÓN DE  
TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA

  
errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2022

TÍTULO ORIGINAL: *Surrender*

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Cultura y Deporte



© del texto y de las imágenes, Joanna Pocock, 2019  
© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2022

© Errata naturae editores, 2022

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25  
28012 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-17800-85-7

DEPÓSITO LEGAL: M-4553-2022

CÓDIGO IBIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Finisia Medrano retratada por Joanna Pocock

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Todos llegamos a la mitad de la vida en algún momento. Cuando mi hermana Mary cumplió veintiséis, ¿se le pasaría por la cabeza que moriría a los cincuenta y dos? Seguro que no. Lo que denominamos crisis de la mediana edad a veces no nos llega en la mitad de la vida, a menos que alcancemos los ochenta años, los noventa o incluso más, cosa que no siempre sucede. Un término más adecuado para «crisis de la mediana edad» es la palabra «apatía», menos rimbombante pero tal vez más precisa. A determinada edad, simplemente nos aburrimos de nuestro ritmo de vida, sea el que sea: el desplazamiento al trabajo en un tren lleno de gente, las prisas para que el niño llegue a tiempo al colegio, el olor del humo de los coches mientras estamos en un atasco, el perro que lloriquea para que lo saques a pasear. Nos cansamos de

nuestro espacio vital y de que la luz ilumine la misma pared todas las tardes. Nos hartamos de ver el mismo retazo de cielo desde la cama, los cartuchos de gas de la risa junto a las alcantarillas, el zumbido en apariencia infinito de las cajas de poliestireno con restos de pollo que ruedan por la calle cuando cierran los bares. Y los bares... hasta los bares parecen mugrientos y sórdidos, o ruidosos y violentos. Comenzamos a percatarnos de que tenemos más pasado que futuro: lo conocido eclipsa lo desconocido. Nos aterrorizamos y planeamos la huida, ya sea consumiendo drogas psicodélicas, convirtiéndonos a una nueva religión o abandonando la que ya profesamos, dejando el trabajo, empezando con una nueva pareja, uniéndonos a una comunidad poliamorosa... todo con la creencia de que nos dirigimos hacia algo mágico: la libertad. Tome la forma que tome, la mediana edad a menudo llega en un paquete con un botón rojo donde dice «autodestrucción».

El paquete de la crisis de la madurez que me entregaron a mí venía en una caja con una sola palabra: Montana. A lo largo de los años, mi marido Jason y yo habíamos pasado temporadas en Nuevo México, Nevada, Texas, California, Colorado y Wyoming, bien viajando o bien trabajando en diversos proyectos literarios o cinematográficos. Ahora nos acercábamos a los cincuenta y era hora de dejar nuestra pequeña parcela al este de Londres. El Oeste americano nos llamaba.

Desarrollamos un método de eliminación, excéntrico pero efectivo, para decidir a qué parte exacta del Oeste

iríamos (basado sobre todo en las actividades extraescolares que podría realizar nuestra hija, que por entonces tenía seis años). ¿Quién iba a pensar que en Alpine (Texas) solo podría apuntarse al club de animadoras? Mediante una combinación de coincidencias e indagación, nos decidimos por la aliteración de Missoula (en Montana) y engatusamos a nuestra hija Eve para que creyera que sería una Gran Aventura. Empaquetamos nuestra casa, llenamos una maleta por cabeza y nos marchamos de Londres. Yo tenía la idea de que reduciríamos lo superfluo de la vida y de que solo nos permitiríamos lo necesario, lo que Henry David Thoreau describió como «algo tan importante que muy pocos se atreven a renunciar a ello».

Para Eve, lo irrenunciable eran los muñecos de peluche. El más importante de la colección era un gran conejo llamado Lulu que tenía un corazón con olor a fresa. Los accesorios de Lulu ocupaban media maleta. Tuve que intervenir varias veces en la selección de ropa de Eve. Ella nunca había vivido un invierno norteamericano, así que le metí a escondidas unos jerséis y calcetines gruesos entre los bañadores y los vestidos de verano.

Por mi parte, descubrí que la discriminación entre aquello que necesitaba y aquello que creía que necesitaba era el primer paso para liberarme de lo conocido. Empecé por los libros: *Una mujer en las Montañas Rocosas* de Isabella Bird, *Vivir, escribir* de Annie Dillard, *Naturaleza* de Ralph Waldo Emerson, *The Cincinnati Arch: Learning from Nature in the City* de John Tallmadge, *La frontera en la historia americana* de Frederick Jackson Turner y la Guía

Moon de Montana, que fue un regalo de última hora que me hizo una amiga.

Jason hizo rápido el equipaje: la cámara, las novelas que estaba leyendo y muy poca ropa. Para Thoreau «lo necesario» consistía en comida y combustible. La ropa y la casa «se necesitan muy poco o nada». Entre los pocos utensilios que tenía en la laguna de Walden había una navaja, un hacha, una azada, una carretilla, lámparas, material para escribir y «el acceso a unos pocos libros».

Aterrizamos en Seattle y pasamos la primera noche en el Kings Inn, el último motel céntrico de una ciudad en pleno proceso de gentrificación o, según algunos, gentrificada desde hacía mucho tiempo. A la mañana siguiente, alquilamos un coche y nos dirigimos hacia el este para comenzar nuestra nueva vida. Cuando alcanzamos la cima de la cordillera de las Cascadas, puse en duda la imagen que siempre había tenido del estado de Washington como una representación exuberante del Pacífico Noroeste con bosques pluviales espesos e impenetrables. Durante horas, las ventanillas del coche solo nos mostraron una imprecisión arenosa de desierto y artemisa que, al llegar al saliente norte de Idaho, se transformó en un bosque verde oscuro con cerros rocosos que volvió a aclararse nada más alcanzar la frontera oeste de Montana.

Era un sofocante día de julio cuando tomamos la salida de la Interestatal 90 hacia Missoula, una ciudad universitaria de unos sesenta y cinco mil habitantes. Desde allí arriba, el trazado urbano resultaba desconcertante.

Parecía como si una mano gigante hubiera lanzado un puñado de edificios por los aires para que cayeran a su antojo. Missoula se asienta sobre el lecho seco de un antiguo lago glaciar; su nombre significa «lugar del agua helada» en la lengua de los salish. Había imaginado que Missoula sería una ciudad bonita, con sus montañas alrededor y su río serpenteante, pero al aproximarnos a ella me pareció muy diferente del lugar idílico que alojaba en mi cabeza.

Mi hija leyó en voz alta el cartel de FIVE GUYS BURGERS AND FRIES, deleitándose en la rima, al pasar por delante del local de comida rápida que hacía esquina junto al altísimo anuncio de la compañía petrolífera Conoco. Después de eso, no recuerdo que dijera nada más. Creo que ambas estábamos aturcidas por el intenso calor, la dureza del sol, el largo viaje, las señales enormes, la anchura de la calzada y el paisaje de objetos y edificios que, aunque familiares (camiones, tiendas, casas, calles), estaban llenos de detalles que nos resultaban completamente extraños.

Aparcamos el coche de alquiler en el Campus Inn, que parecía el menos decadente de los moteles baratos que salpicaban la entrada de la autopista en la ciudad. Las colchas, que simulaban estar hechas de retales, le daban un aire campestre, mitigado por el fuerte olor a insecticida para chinches. Sobre las camas de uno cincuenta colgaban unas láminas descoloridas de unos gansos canadienses que sobrevolaban unos humedales color pastel.

Aquella noche vi un tipo de araña de tela de embudo llamada «vagabunda». Era del tamaño de una moneda de cinco centavos, y la observé aterrorizada mientras se

desplazaba por el zócalo. Jason y yo no dijimos ni media palabra sobre la araña y nos tumbamos, con Eve en medio, en la cama, desde la que oíamos pasar los trenes cargados de carbón proveniente del este de Montana. Los pocos sueños que tuve fueron apocalípticos y parecieron alargarse hasta el día siguiente. En contra de mi sentido común, cedí a las suplicas de Eve para que fuéramos a bañarnos a la piscina recalentada del motel. Pocos días después, la dirección colgó un misterioso cartel de CERRADO en la puerta: el agua se había contaminado con E. Coli. Aquello me provocó una infección renal y el ingreso en urgencias. Tardamos meses en pagar la factura del hospital.

Después de aquella primera noche en blanco, nos montamos en el coche de alquiler para buscar un sitio donde desayunar, ya con un sol de justicia en el cielo. Recuerdo que pensé: «¿Qué he hecho yo para merecer esto?». El Campus Inn sería nuestro hogar hasta que se quedara libre la casa que habíamos alquilado.

Dos años después, hemos vuelto a Londres y el Oeste americano está en llamas. Desde los años setenta, la temporada de incendios ha pasado de durar cinco meses a alargarse a siete. Y su envergadura también aumenta. Antes de que los europeos llegaran al Oeste, los incendios eran menos intensos, avanzaban más despacio y tendían a propagarse por los bosques en intervalos de cinco a veinte años. La vegetación era capaz de regenerarse. El fuego allí es una parte tan natural del ciclo vital que algunas

especies lo necesitan para reproducirse: las piñas de los pinos ponderosa, de los pinos contortos, de los pinos de Banks y de las secuoyas gigantes necesitan temperaturas altísimas para soltar las semillas. Desde muy pronto, los nuevos colonos del Oeste decidieron que la mejor manera de mantener a salvo sus hogares y su ganado era evitando el fuego de manera permanente. El resultado son unos bosques de densidad antinatural que, con estos veranos cada vez más calurosos y secos, funcionan como polvori-nes gigantes.

Ahora mismo en Montana están ardiendo más de cuatrocientas mil hectáreas en veintiséis incendios distintos. Al norte del paralelo cuarenta y nueve, en la Columbia Británica, hay ciento cuarenta incendios. En Idaho todavía arden veintitrés; en Washington, once. En Oregón siguen avanzando dieciséis, uno de los cuales ha arrasado la garganta del río Columbia y ha vertido sus cenizas en Portland. En California, quince incendios siguen descontrolados. Un bombero ha muerto hace poco en el oeste de Montana porque se le cayó encima un árbol, y los efectos totales derivados de la inhalación de humo aún no se han evaluado.

Están arrasando los bosques y se están muriendo los animales. A veces los depredadores se benefician a corto plazo de los incendios porque cazan a los animales que huyen, pero no siempre es así. Osos, lobos, búfalos y wapitíes mueren quemados. A menudo son las crías quienes no pueden escapar con la suficiente rapidez. A veces, los adultos vuelven a la madriguera para refugiarse y mueren

asfixiados. Muchos animales perciben el fuego antes que los humanos, pero su reacción no siempre les salva la vida. Los puercoespines y las ardillas responden al peligro trepando a los árboles, algo que, en un bosque ardiendo, resulta mortal. Los pájaros grandes suelen escapar, pero los pequeños, que vuelan más bajo, se asfixian o mueren por agotamiento. Es probable que las especies más afectadas por esta nueva era de incendios gigantes sean los peces. El agua utilizada para apagar el fuego y la lluvia que por fin cae tras meses de sequía arrastra la ceniza hasta los arroyos y los ríos. Las partículas, una vez en el agua dulce, penetran en las branquias de los peces y los ahogan. Como los osos dependen de los peces, la repercusión de la entrada de la ceniza en el ecosistema es obvia. Hace mucho tiempo que desapareció el antiquísimo hábito de los animales consistente en huir de los incendios y refugiarse en otro lugar. ¿Dónde podrían ir cuando sus hábitats están fraccionados, pavimentados, edificados y explotados hasta su extinción? Quedan atrapados en esos bosques a la espera de abrasarse.

Mis conocidos del estado de Washington me escriben para contarme que tienen las maletas hechas por si los evacúan. Una amiga íntima, cuya hija es asmática, se ha mudado desde Missoula hasta la costa de Oregón para que la niña pueda respirar mejor. Mi Facebook está lleno de preguntas sobre las mejores mascarillas para filtrar las partículas. Estos días no paro de soñar con árboles en llamas.

Esos fuegos guardan cierta relación con este libro.

En Missoula, la proximidad con las montañas, los lagos y los ríos me acercó a la Tierra. Atravesaba la puerta de casa y, en menos de cinco minutos, estaba en el monte Sentinel. Todas las noches lo miraba: «Sí, ahí sigue», y me iba a la cama. No puedes vivir en el Oeste americano sin sentir esa conexión con la tierra. En Londres, cuando miro desde la puerta, veo edificios de apartamentos, farolas, muros y aceras. En Missoula veía las montañas, el cielo, los ciervos que me observaban por la ventana de la habitación, sus ojos paralelos a los míos.

Hubo varios problemas con nuestra casa de alquiler en Missoula que nos impidieron mudarnos. Ya habíamos firmado el contrato y entregado una fianza considerable, pero la casa no estaba habitable. Mientras convencíamos a nuestros caseros de que la arreglaran, se desencadenaron varias discusiones lacrimógenas. Acabábamos de dejar el motel y yo no estaba dispuesta a volver a convivir con arañas vagabundas ni con infecciones renales, de manera que miramos un mapa y decidimos trasladarnos a Butte, una localidad de unos treinta y cinco mil habitantes, a una hora y media al sureste de Missoula por la Interestatal 90.

Estaba tan pendiente de los detalles de la mudanza que no había pensado en lo que nos encontraríamos en Butte. Durante nuestros viajes por el Oeste habíamos llegado a conocer bien la distribución de la mayoría de las ciudades, con sus calles principales, sus edificios de fachadas falsas como en las películas de Anthony Mann, sus comercios de una planta —esas tiendas omnipresentes que



venden cordones de zapatos, comida para perro, bombonas de propano, leche en polvo y barritas energéticas—, las cafeterías con sus taburetes giratorios junto a la barra de formica, los bares con sus letreros de neón de Coors y Bud Light, las iglesias y las casas de tablillas. Por eso no esperé encontrarme con las calles de Butte, flanqueadas por bonitos edificios altos del siglo XIX, muchos de ellos vacíos y a la venta o en alquiler. El distrito central de Butte, que abarca casi seis mil edificios, es un Hito Histórico Nacional —el más grande de Estados Unidos— y parece más una Manhattan o un Chicago decimonónicos que una pequeña ciudad de Montana.

Cuando deambulábamos por Berkeley Pit, en las afueras de Butte, nos topamos con la charca turquesa de agua subterránea contaminada de más de kilómetro y medio de ancho, resultante de la actividad de una mina de cobre, y recordamos de pronto que estábamos a miles de kilómetros del Este. Berkeley Pit es la principal atracción turística de la localidad, además de ser el mayor sitio de Superfund del país, es decir, un lugar contaminado con residuos tóxicos e identificado por la Agencia de Protección Ambiental (EPA) como un riesgo para el ser humano y para el medioambiente.

Pagamos dos pavos cada uno para caminar por un túnel elevado que llevaba hasta una plataforma panorámica desde donde se veía aquella solución de arsénico, cadmio, zinc, ácido sulfúrico y un montón de metales pesados. De tanto en tanto sonaban unas sirenas para disuadir a las aves de posarse sobre el atrayente azul de las aguas

contaminadas. Cuando lo hacen —algo que no es infrecuente durante las migraciones—, el esófago se les corroe y sufren una muerte horrible.

Mientras mirábamos Berkeley Pit desde arriba, una mujer nos contó por megafonía la historia de aquel lugar con una animada música de banyo de fondo. Parecía que estuviéramos en un capítulo de *Los Simpson*: «¡Se desmantelaron casas para construir más minas! ¡Y la gente estaba contenta de perder su hogar porque más minas significaba más puestos de trabajo!».

Cuando entras en Butte, te encuentras con un gran macetero de piedra del tamaño de un ataúd, sobre dos pilares, con un letrero que dice:

BIENVENIDO A BUTTE  
EL MONTE MÁS RICO DE LA TIERRA<sup>1</sup>

En efecto, desde finales del siglo XIX hasta principios del XX Butte fue uno de los lugares más ricos de Estados Unidos gracias al encuentro de dos placas tectónicas en la divisoria continental que, al elevarse, hicieron accesibles un montón de metales preciosos subterráneos.

En 1882, los mineros de Butte extrajeron más de cuatro mil toneladas de cobre. Un año después, diez mil toneladas. Por aquella época, Augustus Heinze fundó la compañía Montana Ore Purchasing y comenzó a vender casi mil

<sup>1</sup> *Butte*, en inglés, denomina un monte o montaña que se alza en mitad de un paisaje plano. (N. de la T.).

toneladas de cobre al mes. El descubrimiento de este bien tan preciado no pudo llegar en mejor momento: aquellas vetas de mineral de cobre se descubrieron justo cuando los teléfonos y la electricidad empezaban a florecer. En 1896, una sección de ocho kilómetros cuadrados de la ciudad producía más del veintiséis por ciento del cobre mundial y más del cincuenta por ciento del nacional. A Heinze y sus competidores, Marcus Daly y William Clark, los conocían como los «Reyes del Cobre»; juntos convirtieron Butte en la mayor ciudad entre Chicago y San Francisco, y en uno de los lugares más ricos de América.

Aunque la riqueza de Butte iba a parar a los bolsillos de los Reyes del Cobre, para que el negocio prosperara hacía falta mano de obra. La población creció a un ritmo constante con el cambio de siglo gracias a trabajadores de Italia, Finlandia, Austria, Montenegro, México, China, Cornualles, Gales e Irlanda. Los oriundos de Butte (un escritor amigo mío los llama «butticianos») dicen que los carteles de PROHIBIDO FUMAR de las minas estaban en dieciséis idiomas y que a principios de siglo había más gente hablando irlandés en aquellas calles que en cualquier otra parte del mundo fuera de Irlanda.

Aún quedan catorce castilletes de acero sobre las viejas galerías mineras de Butte. Estas estructuras servían para que los mineros, las mulas y los materiales necesarios pudieran acceder al interior de las minas y salir luego cargados de cobre. Erigidos sobre los burdeles clausurados, las tiendas, los teatros, las bonitas casas de ladrillo rojo y otras edificaciones más recientes con porche, los

castilletes se han convertido en un símbolo de la ciudad —impreso incluso en camisetas—, cuya silueta es hoy el logo de una microdestilería local.

A causa de esas copiosas vetas de cobre, Butte es una ciudad escarpada. Conducíamos cuesta arriba para hacernos una idea acerca de su distribución, cuando descubrimos un pequeño mirador que daba a unos agujeros en el terreno que eran los restos de unas minas a cielo abierto. Este monumento está dedicado a los fallecidos en el desastre de Granite Mountain, el mayor accidente minero del país. El 8 de junio de 1917, un grupo de hombres descendió a la mina para inspeccionar un cable eléctrico suelto. Una lámpara de gas acetileno rozó por accidente la cobertura grasienta de parafina de uno de los cables, el fuego se extendió y convirtió la galería en una chimenea gigante. De los ciento sesenta y ocho muertos, no todos perdieron la vida al instante. Algunos escribieron cartas a sus seres queridos mientras se asfixiaban poco a poco. Este desastre, al igual que muchos otros, forma parte de la memoria colectiva de Butte, que da la sensación de ser una ciudad superviviente. Hay cierta rudeza en ella. Después de todo, es la ciudad natal de Evel Knievel<sup>2</sup>.

Jason y yo fantaseamos con la idea de mudarnos allí. Los alquileres baratos y la ausencia de pretensiones de la ciudad eran un bálsamo en comparación con la ostentación y los precios elevados de Missoula. Pero nos habían

<sup>2</sup> Robert Craig «Evel» Knievel fue un famoso motociclista acrobático que desarrolló su carrera en los años sesenta y setenta. (N. de la T.).

dicho una y mil veces que el agua del Berkeley Pit alcanzaría el nivel freático de la ciudad en 2020, más o menos. Resultaba obvio que Butte era un lugar increíble y enigmático: bello, atrayente, complicado y lleno de conflictos históricos.

De regreso a Missoula, nos paramos en un restaurante de Wisdom. La camarera nos explicó que estaba huyendo de una «mala situación» en el este cuando se detuvo en ese lugar para echar gasolina. El dueño le ofreció un empleo y allí estaba, años más tarde, más feliz que nunca. Se trataba de otra versión de una misma historia que, en adelante, oiríamos una y otra vez.

Se ha escrito mucho acerca de la expansión hacia el oeste desde que los europeos salieron de los estados «civilizados» del este y se extendieron por los puestos fronterizos «salvajes» y «bárbaros». Es famoso el análisis que realizó Frederick Jackson en su artículo de *The Atlantic* de 1893 titulado «The Significance of the Frontier in American History». «El problema del Oeste —escribió— no es ni más ni menos que el problema del desarrollo americano... ¿Qué es el Oeste? ¿Qué ha significado para la vida americana? Las respuestas a estas preguntas pasan por entender los rasgos más significativos del actual Estados Unidos».

Esta pregunta y sus consiguientes respuestas aún flotan en el ambiente. El Oeste siempre ha fomentado la reinención personal. Históricamente ha sido el lugar adonde los inquietos, los desposeídos, los perseguidos, los fugitivos, los perdidos, los oportunistas y los especuladores

han acudido en busca de redención y reinención. Wallace Stegner, el autor y activista medioambiental que fundó el departamento de Escritura Creativa de la Universidad de Stanford, donde dio clase a Wendell Berry, Edward Abbey, Ken Kesey, Larry McMurtry y Thomas McGuane, dijo que el Oeste era «el hogar de la esperanza. Una civilización en movimiento impulsada por los sueños». Pero también tuvo la prudencia de añadir: «El Oeste ha tenido su propia manera de deformar costumbres bien asentadas y de cultivar el trigo sobre sueños arriesgados».

Como todas las regiones de Estados Unidos, el Oeste es rico desde un punto de vista cultural, histórico y geográfico. Sin embargo, posee algunas características únicas: el espacio y la aridez. En 1878, el geólogo y explorador John Wesley Powell lo definió como la parte de América que se extiende desde el meridiano cien, una definición geográfica que sigue vigente. «Al atravesar esta franja de este a oeste, se observa una maravillosa transformación», precisó.

En el este se percibe una extensión de hierba exuberante y con flores llamativas que embellecen el paisaje de la pradera. Al avanzar hacia el oeste, van desapareciendo una a una las especies de hierbas lozanas y brillantes plantas floridas; el suelo se desnuda de manera gradual, con matas desperdigadas aquí y allá; de vez en cuando se ve un cactus espinoso y la yuca lanza sus afiladas bayonetas.

Sin embargo, como se han explotado en exceso, esas praderas herbosas ya no son tan exuberantes, y la aridez del lado occidental del meridiano cien avanza hacia el este. En este contexto, «aridez» es sinónimo de tierras que apenas reciben cincuenta centímetros de lluvia al año y que necesitan de irrigación suplementaria para la agricultura. La línea avanza a medida que el Oeste se seca. En la década de 1870, Powell se dio cuenta de que esa aridez era un problema para la ocupación humana. Instó al Gobierno a que reconsiderara el asentamiento en el Oeste y que organizara planes hídricos y de gestión del territorio que tuvieran en cuenta la sequedad de la tierra. Los dirigentes políticos rechazaron la idea porque la consideraron un obstáculo para el desarrollo. Y el Oeste que conocemos sigue agotando sus acuíferos y viviendo de lo que parece ser agua prestada.

La complejidad de su historia, su literatura, su geografía, el gran abanico de culturas y la mitología originada y desarrollada en esta parte del mundo no eran aspectos en los que me hubiera parado a pensar con detenimiento. Es decir, no hasta aquel día de julio en que me vi llegando a la puerta principal de nuestro motel de Missoula. ¿Qué reinvención esperaba? ¿Qué trigo interior quedaría expuesto a los cuatro vientos? No estaba allí para buscar fortuna, para cribar oro metafórico ni para descubrir la legendaria autosuficiencia del Oeste. Estaba huyendo, aunque también buscaba algo. Pero no sabía qué.